

DISCURSO EGRESADO (A)

Pedagogía en Inglés

28 de Septiembre - 2026

ALEXANDER PINO MOLINA

Doctor Claudio Rojas Miño, Rector de la Universidad Católica del Maule, estimadas autoridades universitarias, académicos y académicas de la Facultad de Ciencias de la Educación, familias y, especialmente, queridos compañeros y compañeras presentes:

Hoy estamos presenciando el cierre de una de las etapas más bellas, pero al mismo tiempo, difíciles de enfrentar para la mayoría de quienes estamos aquí presentes. Los invito a recordar lo que fue esa pandemia, algo totalmente inesperado. Nuestra etapa universitaria como compañeros comenzó a través de una pantalla y, en muchos casos, a muchos kilómetros de distancia del resto. Algunos seguramente estaban emocionados, otros quizás sin saber dónde nos habíamos metido. Algunos tenían todas las condiciones para conectarse clases y otros aprendimos rápidamente que conseguir una conexión estable, podía ser el primer desafío como universitarios.

Cada uno viene de lugares, familias y realidades diferentes. Algunos llegaron inmediatamente después del colegio, otros trabajaron antes de entrar a estudiar y otros cumplían el rol de padre o madre. Para algunas de nuestras familias, incluso, llegar a la universidad significaba alcanzar una oportunidad que generaciones anteriores no habían tenido.

Ya después de un año pudimos conocernos de forma presencial, como muchos hubiésemos querido que fuese desde un principio. Aquellos nombres y rostros en pantalla finalmente aparecieron frente a nosotros y pudimos conocernos realmente. Algunas personas generaron fuertes lazos, vimos grupos marcados y, sobre todo, vimos crecer a nuestros propios compañeros, no solamente en el ámbito académico, sino también como personas adultas.

Recuerdos bellos aparecen en mi mente al momento de pensar en las palabras para este discurso. Cómo no recordar esas idas al casino, donde la mayoría lo usaba como punto de encuentro para tomar desayuno, estudiar, compartir o ponerse al día conversando. Esas largas caminatas al cambiar de clases, donde teníamos que ir de sala en sala, de un extremo de la universidad al otro. Esos compañeros o compañeras que siempre veíamos en clases, las caras de sueño, gente comiendo y aquellos que conversábamos en todo momento. Las calles inundadas de Talca cuando tocaba batallar ante la lluvia y levantarnos para ir a clases.

Muchos momentos fueron de risas, pero también de tristezas. El primer rojo, el primer ramo en el que fracasamos o esa persona a la cual teníamos aprecio y que dejó la carrera por motivos personales. Recuerdo cómo cambiaron los rostros de todos cuando la cosa comenzó a ponerse seria durante las prácticas. Acá ya estábamos en otro terreno. Había más responsabilidades, miedos, incertidumbre y, por supuesto, muchas personas con dudas sobre si realmente estaban en el lugar correcto para su futuro. Porque ya no se trataba de estar en “Pedagogía en Inglés” simplemente porque nos gustaba el idioma. Estábamos ahí para convertirnos en profesores. Ya estábamos donde las papas queman. Pero acá destaco fundamentalmente la labor de nuestras docentes en los ramos de práctica, quienes siempre nos dieron las herramientas necesarias para enfrentar las dificultades, ya fuese con contenidos pedagógicos o escuchando y aconsejándonos frente a nuestras dudas. Planificar, imprimir, recortar, crear presentaciones, equivocarnos y muchas veces hasta improvisar son

cosas que más de alguno vivió. Pero todo sirvió para entender dónde estábamos parados y lo que significa ser profesor.

Durante esta hermosa etapa tuvimos profesores y profesoras que nos marcaron. Probablemente, si hoy preguntáramos quién fue ese docente para cada uno, escucharíamos nombres diferentes. Algunos recordaremos a quien nos exigió, otros a quien tuvo paciencia, nos aconsejó o simplemente nos preguntó cómo estábamos cuando necesitábamos ser escuchados. Gracias a todos quienes, mediante su trabajo y vocación, nos mostraron distintas maneras de entender esta profesión y, sobre todo, a aquellos que demostraban clase a clase su pasión y amor por la pedagogía.

Continuando con este largo camino recorrido, nos encontramos con las famosas tesis y nuestro querido amigo IELTS. Algunas personas superaron esos desafíos rápidamente, mientras que otras necesitaron más tiempo. Pero si algo deberíamos saber como profesores, es precisamente que no todos aprendemos ni avanzamos al mismo ritmo. Haber necesitado un intento o varios no hace a nadie mejor ni peor profesional. Lo importante es que hoy estamos aquí. Eso significa que todos hemos podido completar nuestro programa de estudios de manera exitosa.

Cómo no mencionar que detrás de cada uno hay personas que hicieron posible este momento. Familias que quizás nunca entendieron completamente qué era una defensa de tesis, pero asistieron orgullosas a vernos. Quizás tampoco entendían por qué estábamos tan estresados, por qué llorábamos o qué significaba exactamente ese bendito IELTS. A todos ellos quiero decirles que era lo más normal y, sobre todo, darles las gracias por haber estado ahí, apoyando a sus hijos, hermanos, parejas o nietos en este camino para convertirse en profesionales.

Ahora comienza otro desafío, o mejor dicho, ya comenzó para la mayoría.

Quizás nuestro primer trabajo no sea donde imaginábamos, ni mucho menos en aquello para lo que estudiamos. Quizás descubramos otros intereses, incluso otras habilidades. No tengamos miedo de intentarlo. Recordemos que tener un título universitario no nos hace mejores, pero sí nos entrega una responsabilidad enorme, ya que podemos marcar la vida de nuestros estudiantes.

Seamos ese docente que se preocupa. El que sabe llamar la atención cuando corresponde, pero también preguntar qué pasa. El que entiende que detrás de un estudiante disruptivo puede existir una realidad que desconocemos. A veces una actividad entretenida, una felicitación, una conversación o simplemente demostrar que nos preocupamos puede cambiarle el día a alguien. Recordemos esos momentos en que nosotros pasamos por malos ratos y algún docente logró cambiar nuestro ánimo.

Antes de terminar, permítanme hablar unos segundos simplemente como Alexander, o Nicolás, como ustedes me conozcan.

Quiero dar las gracias a mis amigos y amigas por las conversaciones, las risas, la música, las comidas y por hacer de estos años algo que recordaré siempre. A los docentes, gracias por su preocupación, sus consejos y por estar presentes cuando más los necesité.

A mi pareja, exalumna de esta carrera. Diana, muchas gracias por tu apoyo constante, y a tu familia, gracias por hacerme sentir bienvenido. No es fácil estar lejos de casa, pero ustedes me hicieron sentir uno más desde un principio.

Finalmente, a mi familia. A mis hermanos. A mi padre, cuyo trabajo y esfuerzo me enseñaron que las cosas importantes se construyen con sacrificio. Y especialmente a mi madre, quien enfrentó el cáncer como una verdadera guerrera y hoy, gracias a Dios, puede estar aquí.

Mamá, papá: lo logramos.

A ustedes, compañeros, ahora colegas. Solo me queda decirles que se sientan orgullosos. Llegamos hasta aquí con historias distintas, a ritmos distintos y superando desafíos que solamente ustedes saben lo complicados que fueron.

Y quienes me conocen probablemente sabían que no podía terminar sin mencionar a cierta persona. Así que trabajen, perseveren, equivoquése, aprendan y no dejen de intentarlo. Se van a caer, pero se deben levantar. Recuerden que, con hambre de superación, trabajo duro y disciplina, nada es imposible. Ya que, en la vida, todo tiene solución.

Felicidades, colegas.

Ahora nos toca a nosotros ser esos profesionales que marquen la diferencia.

Muchas gracias.